

Pierre Vidal-Naquet

EL MUNDO DE HOMERO

Prólogo

Cuando yo era niño, en París, antes de la guerra de 1939, tenía una colección de las leyendas de la guerra de Troya y los sucesos posteriores. Comenzaba con la historia del pastor Paris, quien debía elegir a una entre tres diosas -Hera, Atenea y Afrodita- para entregarle una manzana en la cual estaba escrito “para la más bella”. Hera le ofrecía, a cambio de ser la elegida, el poder y Atenea, la sabiduría. Pero Afrodita ganó el certamen al ofrecerle la mujer más bella del mundo: Helena de Esparta. Paris raptó a Helena, lo cual provocó el arribo de un ejército griego a Troya, en la costa asiática del estrecho de los Dardanelos. Al cabo de diez años, los griegos, ocultos en el interior de un enorme caballo de madera lograron penetrar en la ciudad del rey Príamo e incendiarla. Sólo un grupo de troyanos, dirigidos por Eneas, hijo de Afrodita, logró huir. Llegaron a Italia, donde un descendiente de Eneas fundó la ciudad de Roma. Por su parte, los griegos regresaron con dificultad a su país. En particular, uno de ellos, Ulises (Odiseo en griego), erró durante diez años por el Mediterráneo antes de regresar a la isla de la cual era rey, Ítaca, donde su esposa Penélope era requerida en matrimonio por los “pretendientes”, un grupo de jóvenes que, mientras esperaba su respuesta, saqueaba el palacio de Ulises. Yo creía que la historia de la guerra de Troya era relatada en *La Ilíada* de Homero. El regreso de Ulises era el relato de *La Odisea*, del mismo poeta.

Sobre esto último no me equivocaba. Pero poco después de este primer contacto, mi abuela paterna me regaló una traducción francesa de *La Ilíada*. Al principio pensé que el librero que le había vendido esa obra se había burlado de ella. En efecto, el relato comenzaba cuando Troya era sitiada desde hacía más de nueve años y finalizaba, sin la menor mención de un caballo de madera, con la siguiente frase: “Y así realizaron los funerales de Héctor, domador de caballos”. Yo sabía que Héctor, el principal defensor de Troya, había muerto a manos de Aquiles, el más valeroso de los guerreros griegos.

Posteriormente conocí mejor esos dos poemas maravillosos, de 12 mil y 14 mil versos, respectivamente, al saborearlos en traducciones y en su texto original. Asimismo, aprendí todo lo que pude sobre la

historia del pueblo griego y su literatura, de la cual desciende la nuestra. Andrómaca, esposa del héroe troyano Héctor, inspiró el título y es la protagonista de una de las tragedias más célebres de Racine; aparece también en uno de los poemas más hermosos de Baudelaire. Nada de ello hubiera sido posible sin *La Ilíada*. En cuanto a *La Odisea*, el título del poema se ha convertido en una palabra de uso corriente. Por ejemplo, se habla de la odisea de un ciclista durante la Vuelta de Francia.

En este libro, quisiera compartir con ustedes, lectores de todas las edades, la felicidad que me han brindado y aún me brindan estas dos epopeyas, al relatar ciertos episodios, situándolos, desde luego, en su contexto tanto en el espacio como en el tiempo. Habré logrado mi objetivo si, después de leer este libro, ustedes sienten deseos de sumergirse en el texto íntegro, sea en traducción o, mejor aun, en el original.

))((

I. Pequeña historia de dos poemas (fragmento)

Conocemos la cabeza de Homero: un hombre ciego, de cabello y barba abundantes. No es un retrato. Esta escultura, que se conserva en el museo de Munich en Baviera, data de la época romana. Probablemente está inspirada en un modelo del siglo V a. C., la gran época del arte griego. Existen biografías de Homero, pero son puramente legendarias. Si los antiguos lo consideraban ciego, tal vez se debía a que pensaban, acaso no sin razón, que la memoria de un hombre era tanto más impresionante por cuanto carecía de la vista.

Siete ciudades de la Grecia asiática, más precisamente de Jonia y Eolia, situadas en la costa de lo que hoy es Turquía y en las islas griegas vecinas, se disputaban el honor de ser su patria: entre ellas se cuentan Esmirna, en el continente, y la isla de Quíos, donde aún hoy exhiben la "Piedra de Homero", también llamada la "Piedra del Maestro de Escuela", un peñasco donde está tallada una silla en la cual se sentaba el poeta cuando recitaba sus versos a los niños.

Se ha fantaseado mucho -incluso se ha delirado- sobre el poeta ciego. ¿Hubo un Homero, dos Homeros, incluso, como piensan muchos, una multitud de Homeros? En la isla de Quíos vivían los Homéridas, que decían ser descendientes del poeta, un grupo de *rapsodas* que cantaban los poemas de su presunto antepasado.

¿Qué es un rapsoda? Aparece uno en una vasija ática del siglo V a. C. Con la mano sostiene un bastón en gesto de orador y de su boca salen palabras, como en los textos de nuestras historietas, acaso los versos de un poema épico. Proviene de Tirinto, ciudad amurallada vecina de Micenas. En el siglo siguiente, el filósofo Platón, en uno de sus diálogos, puso en boca de su maestro, el ateniense Sócrates (quien fue condenado a muerte en 399), las siguientes palabras dirigidas al rapsoda Ión de Éfeso (en Jonia):

Muchas veces, mi querido Ión, os he tenido envidia a los que sois rapsodas, a causa de vuestra profesión. Es, en efecto, materia de envidia la ventaja que ofrece el veros aparecer siempre ricamente vestidos en las más espléndidas fiestas, y al mismo tiempo el veros precisados a hacer un estudio continuo de una multitud de excelentes poetas, principalmente de Homero, el más grande y más divino de todos.

Ión hacía *un estudio continuo* de Homero, lo cual era una manera de decir que conocía de memoria los poemas homéricos, *La Ilíada* y *La Odisea*. Los había aprendido al leerlos o al escuchar a otros recitarlos.

Homero no era un rapsoda sino un *aedo*. El término viene del griego *aoidos*, que significa “cantor”. Los poemas homéricos fueron compuestos y cantados por aedos que se acompañaban con un pequeño instrumento de cuerdas, la *forminge*.

¿Cuándo vivió Homero? La opinión general es que *La Ilíada* y *La Odisea* datan de finales del siglo IX a. C. o del siglo VIII, siendo la primera anterior a esta última en varios decenios. El siglo VIII es un período muy importante en la historia del mundo griego, y del mundo mediterráneo en general (por ejemplo, Roma fue fundada en 753 a. C.). En esa época se consolida en la Grecia europea, insular y asiática una nueva forma de vida social: la ciudad. Un grupo de hombres libres dice “nosotros” al hablar en nombre de todos. Los reyes han desaparecido, o bien tienen una función simbólica. Las ciudades no son gobernadas por el pueblo sino por grupos de hombres (relativamente) ricos, poseedores de tierras y de los ingresos provenientes de éstas, pero que en ocasiones se dedican al gran comercio marítimo.

Cuando leemos *La Ilíada* o *La Odisea*, debemos recordar que eran poemas para ser recitados ante auditorios de hombres ricos y poderosos, capaces de hacer la guerra y armarse de pies a cabeza, con casco, coraza y grebas, como se advierte en esa armadura del siglo VIII hallada casi intacta en una tumba en Argos, al norte del Peloponeso. Las ciudades del siglo VIII podían tomar colectivamente decisiones importantes; por ejemplo, la de enviar emigrantes más allá del mar, al sur de Italia o a Sicilia, a fundar colonias, es decir, ciudades nuevas, como Cumas, no lejos de Nápoles, o Siracusa en Sicilia.

Precisamente en una tumba en Ischia, una isla en la bahía de Nápoles, en 1955 apareció un cáliz que databa aproximadamente del

720 a. C. con una inscripción que constituye la primera alusión escrita a los poemas homéricos. Es lo que se llama un “objeto parlante”: se supone que el cáliz se dirige al bebedor:

Yo soy el cáliz, útil para beber, de Néstor.
Quien beba será embargado inmediatamente
por el deseo de Afrodita, la de la bella corona.

Afrodita es la diosa del amor. Por su parte, Néstor, un anciano, es un personaje importante tanto de *La Ilíada* como de *La Odisea*. Posee un cáliz descrito en el canto XI de *La Ilíada*. Esta inscripción está redactada en verso. Así, podemos tener la certeza de que los temas e incluso las formas de la poesía épica griega existían en una versión escrita en el siglo VIII antes de nuestra era.

¿Cómo se sitúa en este contexto a Homero o, más precisamente, a los poetas que bajo ese nombre nos legaron *La Ilíada* y *La Odisea*? Si el lector de hoy quiere obtener las obras de Homero, debe acudir a un librero. Si escribe versos, puede confiarlos a un editor, quien a su vez los entregará a un impresor. Pero en el siglo VIII a. C. no había ni libreros ni editores ni, por cierto, impresores. La imprenta apareció por primera vez en la China y luego en Occidente, en el siglo XV con Gutenberg. Fue apenas en 1488 que los poemas homéricos aparecieron por primera vez en versión impresa, en Florencia, Italia.

¿Qué sucedía en la época de Homero? ¿Existía un vínculo real entre la práctica del canto poético y la escritura? ¿Qué dicen al respecto los poemas mismos? En el canto VI de *La Ilíada*, el héroe Glauco, que combate en el bando troyano, relata al héroe aqueo Diomedes la historia de su antepasado Belerofonte, personaje conocido de la mitología griega sobre todo por haber matado a un ser monstruoso, la Quimera. Belerofonte había sido enviado a un rey de Licia (en el Asia Menor) con un mensaje que contenía “signos de muerte”. Hoy hablaríamos de una carta escrita en lenguaje cifrado que pedía al destinatario que matara al mensajero. Este episodio es muy revelador de una concepción un poco diabólica de la escritura. Su función no es dejar constancia escrita de los poemas ni, como se hace a partir del siglo VII, de las leyes, sino transmitir un mensaje de muerte.

Al principio tanto de *La Ilíada* como de *La Odisea*, el poeta se dirige a una divinidad, la Musa, que todo lo sabe y puede relatar: “Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles hijo de Peleo [...] Dime, oh musa, del héroe ingenioso [Ulises]”. Pues bien, las Musas, hijas de la diosa Memoria, son las depositarias de la poesía. En *La Ilíada*, el único héroe capaz de cantar, acompañándose con una cítara, es Aquiles, el héroe por excelencia, el “mejor de los aqueos”. Por el contrario, en *La Odisea* se multiplican los aedos. Hay uno entre los feacios, el pueblo navegante que transportará a Ulises hasta Ítaca. Hay uno en el palacio de Ulises, a

quien el héroe le perdona la vida mientras se venga de los pretendientes. Ulises mismo es un aedo que canta sus viajes. Por último, entre los seres maléficos que encuentra entre Troya y Feacia, están las Sirenas, que no son mitad mujeres, mitad peces, sino mitad mujeres, mitad aves. Ulises sabe que, si se deja seducir por ellas, perecerá. Taponan con cera las orejas de sus camaradas y él mismo se hace atar al mástil de su nave. La poesía, como la escritura, es peligrosa.

¿Qué cantan las Sirenas? Justamente, la guerra de Troya:

Porque sabemos todas las fatigas
que griegos y troyanos resistieron
en Troya por decreto de los dioses
y cuanto ocurre en la espaciosa tierra.

Y aquellos que se acercan demasiado a esas mujeres-aves corren un peligro terrible:

Pues encantan con su voz deliciosa
en verde prado sentadas, rodeadas de
osamentas humanas y de carnes que se pudren.

La Odisea contiene, entonces, una suerte de reflexión sobre el oficio del aedo, sobre la grandeza y los peligros que puede representar.

Los aedos eran capaces de reproducir, con intervalos de algunos años y con escasas variantes, las epopeyas puramente orales. Se ha observado el mismo fenómeno en África, Oceanía y en otras sociedades, como la del Kurdistán. Dicho lo cual, es difícil no relacionar la consolidación de los cantos épicos con el desarrollo de la escritura alfabética que los griegos tomaron de los fenicios alrededor del 900 a. C.